

HERNÁN CASTELLANO

El Neruda que nos trajo al mundo

Cualquier obra pasa a ser importante cuando empieza a circular por la sangre de los demás. Parece que la poesía que se ha de quedar definitivamente con nosotros sólo entra con la pubertad. Antes, son otras cosas las que llegan y permanecen, lo que no excluye la poesía en su sentido más amplio: la sonrisa del gato de Cheshire es nuestra carne embrionaria y entramos en ella allí por el 45, cuando Hiroshima nos llegaba, como todas las calamidades, a través de «El Mercurio», y nos dejó marcados por ese sello que caracteriza a mi generación: una postura de espera de algo.

Junto con los primeros sueños eróticos entró la poesía de Neruda en nuestra sangre. No se trata de parentescos e influencias, porque se empezó a escribir mucho más tarde, y son otras nuestras influencias. Fueron otros mundos, con otra sensibilidad y otra mirada, los que nos guiaron la pluma. Pero Neruda entró a formar parte de nuestra sangre y de nuestros huesos, y de eso le somos deudores. Es inconmensurable nuestra deuda, porque está en ese plano, en el de la pura vida. Todavía más honda, puesto que no viene de las palabras.

No se trata tampoco de la corriente (en el sentido de voltaje) romántica que se generaba alrededor de los 20 poemas, y que existió paralelamente del despertar erótico (que en nosotros se dio en universos separados: aquí el amor, allá otro: desgraciados) y que seguramente se viene repitiendo con los más jóvenes, y se repetirá con los que vendrán y que hoy están en la forma de espermios o de genes, vale decir de ideas. Recuerdo que en el Instituto Nacional, en 1950, 51, 52 nos peleábamos el derecho de recitar «Farewell» en las lamentables clases de «castellano», de las cuales, fuera de este estremecimiento, un tanto de

payasitos, nada nos quedó. Y eso se debía, más que nada, a nuestra propia búsqueda de una idea, de una consolidación que los demás nos negaban (sólo podían dictarnos normas en el modo de vestir, y entonces se obedecía, éramos una especie de Boy Scouts. Mudos de gran utilidad, para el sistema, que nadie se atrevió a denunciar, por lo demás, porque ni siquiera se le visualizaba): nuestros maestros fueron una tropa de viejos borrachos que se perdió en el anonimato y el olvido.

Pero empezábamos a descubrir las cosas del mundo, por nuestra cuenta y ahí entró a tallar Neruda, y algunos —los mayores— ya empezaban a iniciar a los más chicos en los complejos rituales que se describen paso a paso en «Caballero Solo». Los más grandes ya sabían la verdad de «los miserables cinematógrafos, donde los héroes son...» y sabían lo que era acariciar «piernas llenas de dulce vello, con ardientes y húmedas manos que huelen a cigarrillo». Describían esas aventuras frente a los más pequeños, los que no habíamos llegado todavía a tanto, pero llegaríamos muy luego, aunque pasaría un tiempo todavía, antes de descubrir que «los adúlteros se aman con verdadero amor, sobre lechos amplios y largos como embarcaciones».

Ya estaba iniciado, sin embargo, el único conocimiento que importa. Y éste fue adelgazándose y subiendo, porque a través del «Agua Sexual» íbamos entendiendo el significado de la *idea*. De allí, a consolidar lo que era la amplia idea de la *imagen poética* había un paso. La imagen que es una visión, y lo abarca todo. Llega mucho más allá de la palabra. El dominio de los genios trasciende las palabras, precisamente porque no escriben con palabras, sino con cenizas de las pa-

labras. Se va comprendiendo que lo esencial no es traducir las cosas a la poesía, sino hacer que la poesía se inyecte en las cosas, y nos entregue un universo nuevo, al permanecer en ellas: el frasco azul, la oreja y el retrato.

A la vez nos enseñaba que la manera suprema de comprender y abarcar el mundo con esa comprensión, era la poesía. Ese fue nuestro nacimiento a la realidad de las ideas, la segunda parte de esa deuda visceral. La fuerza de la imagen poética que llegó a nosotros a través del sexo torturado del adolescente y se coronó en la *Tercera Residencia*: »tejida mariposa, vestidura...« donde el amor adulto nos habla como hoy, 1971.

O sea que las tres Residencias son el libro fundamental donde todo lo que es poesía nace, crece y se consolida, llega a nuestro cuerpo a través de la fisiología y vuelve a emerger a través de la idea. Es por eso —por

esta capacidad catalítica en el dominio de la imaginación— que este libro es profundamente, radicalmente revolucionario. Y por esto nos interesa y nos sigue interesando.

Adultos ya, reencontramos a Neruda con *Estravagario*, pero son las Residencias lo que se quedó para siempre con nosotros (incluyendo, por supuesto, los libros espiritualmente anexos en su visión. El *Hondero*, *Anillos*, la *Tentativa*, y la misteriosa y sugerente *Copa de Sangre*).

Aquí los tengo, junto a los pocos (no son más de diez) libros fundamentales que habría que llevarse al otro mundo, como los granos de las momias que Cardenal hace muy poco, tuvo la buena idea de recordarnos:

*ahí están otra vez como grandes peces
que completan el cielo
con su azul material vagamente invencible*